

EL KÁISER Y EL PRISIONERO

LEONID ANDREIEV



Tres novelas cortas componen este libro. «El káiser y el prisionero» constituye un profundo estudio psicológico de la patología de un dictador y una metáfora universal contra la guerra. «Él» es un relato fantasmal acerca de un joven preceptor envuelto en misterio. «En la niebla», el estudiante Pavel tiene un encuentro con una prostituta que se convierte en trascendental.

EL KÁISER Y EL PRISIONERO

I

Era un horror aquello. Dos días enteros, en su avance sobre París, llevaban las tropas alemanas bombardeando infructuosamente la pequeña ciudad belga de N***, que defendían las fuerzas aliadas de ingleses, belgas y franceses. Oleadas de hombres rubios con puntiagudos cascos, se lanzaban unas tras otras al asalto y perecían, siendo reemplazadas inmediatamente por nuevas oleadas de hombres rubios con puntiagudos cascos, que también perecían sin lograr su objeto. Ametralladoras y cañones lanzaban una verdadera granizada —más que lluvia— de proyectiles, y resultaba más difícil librarse allí de una bala o un casco de granada que aguantar, sin mojarse, un chaparrón.

Era frecuente el caso de que un soldado cayese herido, y antes de desplomarse en tierra, aún viniesen a alcanzarle nuevos proyectiles, hundiéndose en su ya lacerada carne. Saturada estaba la atmósfera de balas que rasgaban furiosas al aire, como animadas del mismo furor de los hombres que las disparaban. Pero las reservas de cascos puntiagudos parecían inagotables, y su marejada crecía continuamente. Absorbiendo los proyectiles con sus cuerpos, bebían la muerte de la atmósfera, igual que una esponja que se empapa de agua.

Dos días con sus noches duraba ya aquello, sin tregua ni descanso. De día, se operaba el ataque a la luz del sol; de

noche, bajo el violáceo fulgor de los reflectores, que daba el mismo tono de color a las caras de vivos y muertos, y los montones de cadáveres proyectaban negras sombras inmóviles.

Durante aquellas cuarenta y ocho horas, Guillermo II apenas había probado bocado ni conciliado el sueño. Siempre con los gemelos en la mano y la tez del rostro algo temblona, seguía atentamente el desarrollo del combate. Y cuando al fin, lograron ocupar sus tropas la pequeña ciudad, cuyos defensores habían muerto o caído prisioneros, entró en ella el káiser con su séquito y se instaló en el Gran Hotel, y allí estuvo todo el día escuchando felicitaciones, adjudicando recompensas y bromeando con sus generales.

Aún hedía la ciudad a sangre y al humo de la melinita^[1]. Parte de las casas seguían ardiendo, y cuando las nocturnas tinieblas envolvieron la tierra, en las ventanas del Gran Hotel espejeaba el resplandor de los incendios. Corrieron los visillos, bajaron las persianas y encendieron luces; pero el tufo a la sangre y a la melinita persistía; bajo los altos techos flotaba una humareda violácea, igual que si en aquellos salones hubiese habido una recepción numerosa de personas que hubiesen fumado en exceso y, además, un tabaco malo y pestilente.

Dio el káiser la orden, que se cumplió en el acto, de fusilar a los rehenes, doce notables de la población. Los habían detenido de madrugada, al ocupar los alemanes la ciudad. Alguien, durante el día, disparó contra un soldado prusiano que merodeaba por las viviendas, y los rehenes fueron ejecutados sin dilación. Como el incógnito agresor sólo había hecho un disparo de revólver, en el acto lo cogieron y lo fusilaron, pero como el soldado agredido era realmente un malhechor, no se decidió el Estado Mayor a fusilar a los rehenes sin antes consultar al soberano. Pero éste respondió en tono firme:

—La sangre del último soldado prusiano vale tanto como la de Bélgica entera. Explíquenselo bien claro a los

rehenes y fusílenlos luego.

Y así se hizo.

Todos aquellos soldados que estaban libres de servicio nocturno dormían un plúmbeo sueño de cansancio infinito y flojedad moral. Más fácil parecía levantar a un muerto del campo de batalla que despertar a uno de aquellos hombres extenuados. Los había que en medio de su sueño proferían gritos de horror, como si aún siguieran luchando; pero sus voces sonaban roncadas y mortecinas, como de sombras ultraterrenas; en sus cabezas continuaba el combate, pero en su derredor gravitaba el silencio.

En el interior de los hospitales de sangre vibraba un concierto de ayes y gemidos de dolor, como si saliesen de una caja de música metida bajo la almohada. Pero aquellos lamentos y quejidos apenas si trascendían al exterior, sino que quedaban encerrados entre techos y paredes; y al salir a la calle, después de visitar alguno de aquellos hospitales, se tenía la impresión como de sumergirse de pronto en un mar de silencio. En cambio, al entrar de la calle en el iluminado ambiente del hospital, creía uno haber caído súbitamente en un purgatorio, donde se hubiesen dado cita todos los tormentos del mundo y miles de seres humanos estuvieran padeciendo horribles dolores de muelas, de músculos, nervios y huesos.

En derredor del Gran Hotel reinaba un silencio especial; tiempo hacía que el káiser padecía de pertinaz insomnio, y sus oficiales tomaban toda suerte de medidas a fin de que nada turbase su descanso. Hacían sin ruido el relevo de la guardia, prohibían el tráfico de coches por las inmediaciones del hotel y ahogaban, hasta donde era posible, todo rumor que pudiese desvelar al soberano.

Lejos de allí, seguían las tropas alemanas hostigando a los aliados en su huida, y seguían oyéndose los estampidos de los cañonazos, que a veces se fundían en largas andanadas. Mirando al horizonte, parecía como si muchos gigantes, en cuclillas y con los mofletes inflados, se estuviesen

escupiendo fuego, pero sin ira ni encono, tranquilamente, al modo de monstruos antediluvianos que de esa guisa se divirtiesen. Los soldados, que entre sueños oían aquellos cañonazos, y que soñaban, no con la muerte, sino con la vida, pensaban que aquel fragor lo armaba una tormenta de mayo, y se hacían la ilusión de aspirar el aroma del fresco césped y de las flores. Pero los había que no percibían nada de aquel estruendo, como tampoco el molinero oye el ruido de su aceña.

Así también le ocurría al emperador; sólo a trechos, cuando los cañonazos se hacían demasiado insistentes y fragorosos, alzaba Guillermo la cabeza y aguzaba el oído; pero sin sentir la menor inquietud. Lejos de eso, aquel estruendo parecía producirle un efecto sedante, como la voz del sereno que, en medio de la noche, nos da la impresión de que alguien vela por la seguridad de nuestro sueño. No era, en verdad, aquel fragor lo que al káiser le quitaba el sueño. Hasta en pleno bombardeo dormía a pierna suelta, y más de una vez les dijo a sus íntimos que aquella bárbara sinfonía era más de su gusto que el silencio. Cosa que ellos se resistían a creer.

Luego que en el Gran Hotel se corrió el rumor de que el káiser se retiraba a descansar a sus habitaciones, enmudecieron como por ensalmo todas las bocas, todo el mundo empezó a expresarse por señas, y nadie andaba ya por allí sino de puntillas. Todo se volvió silencioso, mudo, y Guillermo tuvo la sensación de hallarse en una tumba.

Entró en la habitación su ayuda de cámara y también se puso a hablar muy bajo, como si su señor ya hubiese cogido el sueño. Pero Guillermo, malhumorado, le increpó:

—Pero, imbécil, ¿no ves que aún estoy en pie y no duermo? Largo de aquí enseguida, ¡idiota!

Se dio prisa el criado a retirarse; pero ya, pared por medio, continuó refunfuñando en voz baja, sin explicarse la razón de que su amo se hubiese incomodado de aquel modo. En cuanto a Guillermo, siguió dando paseos arriba y

abajo por su habitación, pese a tener doloridas las piernas y sentirse fatigado de la jornada. Parecía un nuevo judío errante, condenado a vagar sin reposo de una pared a otra. Y tampoco podía detener los pensamientos que le asaltaban el cerebro, y que también iban y venían sin cesar de una a otra pared de su cráneo. Lo acuciaba un anhelo vago, pero muy intenso y al mismo tiempo, irrealizable; tanto más irrealizable cuanto que ni él mismo sabía concretamente lo que deseaba. Era que empezaba el insomnio, y Guillermo lo sabía por larga experiencia. Y sabía también que el movimiento de sus ideas iba a convertirse, sin tardar, en una carrera loca, desenfrenada, en algo así como un baile de brujas en los matorrales del Brocken, y que aquel irrealizable deseo se le subiría a la garganta para ahogarlo. Un suplicio terrible le amagaba.

Por si fuera poco, en la cena había bebido champaña, y eso agravaba la perturbación de su espíritu. Una mitad de él reía, en tanto la otra, bajo el imperio de la cólera, reclamaba, imperiosa, reposo. El olor a la sangre lo excitaba; habría querido seguir hablando, dando órdenes, prolongar la actividad febril de la jornada. Pero todo en derredor suyo estaba sumido en siete sueños. Claro que habría podido despertar a alguno y obligarlo a escuchar su conversación; pero su interlocutor habría puesto esa cara estúpida, característica de quien acaba de despertarse, y a tenor de su cara habrían sido sus réplicas.

Tal idea arrancó al káiser un mueca de desagrado; pero a poco vino otro sentimiento a anegarle el alma, en una oleada de ternura y de cálido afecto; huyeron en el acto sus enojosos pensamientos y empezaron a desfilar ante su fantasía, como emocionantes estampas, las batallas de los últimos días, aquellos terribles combates, llenos de dolor y fatiga, para gloria del káiser y de Alemania. ¡Cómo han luchado! ¡Deben de estar rendidos! ¡Qué necesitados debían de estar de reposo y sueño aquellos valientes soldados! ¡Y cómo dormían después de tanto sufrimiento físico y moral!

—¡Oh mis bravos soldaditos! —dijo Guillermo en voz alta, como si pusiera una apostilla al margen de un expediente que acabaran de presentarle.

Y se le ensanchó el pecho y se le abombó de repente, como a impulsos de una oleada de conciencia de la propia fuerza y de satisfacción. «¡Mis soldaditos valientes!»

Se fue intensificando luego aquel sentimiento de satisfacción, creciendo por momentos, agrandándose como una nube, que parecía levantar en vilo al propio káiser. Lágrimas de beatífico gozo asomaron a sus ojos. Experimentó la sensación de una grandeza extraordinaria y una majestad sin límites; le parecía su persona algo infinitamente excelso, sublime, al modo de una encarnación sintética de la genialidad de todos los grandes soberanos del mundo, de cuantos reinaban sobre todos los tronos de las tierras y todos los mares. En él, en el káiser Guillermo II, parecía reconcentrarse todo el misterioso poder de las largas generaciones de césares y reyes que lo habían precedido en el mundo. Venía a ser aquello como la fulgente escala bíblica de Jacob, sobre la cual, en el peldaño más cimero, que con el mismo cielo parecía confundirse, se erguía él, emperador de Alemania y de todo el globo terráqueo.

«Hay que buscar el texto adecuado —dijo en su exaltación, y abrió la Biblia, que siempre llevaba consigo a todas partes—. Tengo que encontrar aquí el pasaje propio para servirme de tema de una alocución religiosa a mis tropas...».

Y buscó y rebuscó, más no logró atinar en su Biblia con su pasaje a propósito, y eso le amargó su alegría, y la tristeza volvió a hacer presa en su espíritu, llenándolo de frío y desencanto.

Pero fue cosa de un momento; enseguida volvió la sensación de euforia, seguida, eso sí, de una nueva oleada de tristeza. Era el insomnio, con sus caprichosos vaivenes y su tedio de la vida. No se había desnudado aún el káiser remolón para meterse en la cama, pues sabía que entonces

el insomnio lo acometería con más saña, se le agarraría al cuello y no le dejaría pegar ojo.

—¡Oh, qué tedio y qué tristeza! —Pero súbitamente hubo de ocurrírsele una feliz idea. A buen seguro que, entre los prisioneros hechos aquel día, habría algún individuo inteligente con el cual se pudiera hablar e incluso discutir.

¡Magnífico! ¡Eso! Le daría permiso al tal prisionero para que le expusiese con toda libertad sus ideas, y él también le expondría las suyas, y sin duda que el hombre se quedaría encantado, ya que nunca hasta entonces habría hablado, probablemente, con ninguna testa coronada. Es más: hasta lo pondría en libertad para que volviese con los suyos y le contara al mundo entero quién era aquel káiser Guillermo, tan grande, tan temido y, al mismo tiempo, tan campechano.

Ahora, eso sí, que tenía que ser un hombre inteligente, ¡un verdadero talento!

II

Resultó ser un revolucionario ruso, un emigrado político que llevaba ya muchos años residiendo en Bélgica y era profesor de la Universidad de Bruselas. Pese a no ser ya un joven, se había enrolado como voluntario en el exiguo ejército belga, tomando parte en varias batallas y distinguiéndose en ellas por su valor. Cayó prisionero en un ataque a la bayoneta, en el curso del último combate. Y por una feliz casualidad, que siempre lo favorecía, no había sufrido herida alguna.

Tampoco él, el prisionero, había logrado conciliar aún el sueño, y ni siquiera había empezado a desnudarse, cuando recibió la invitación, por cierto muy cortés, de presentarse en el Gran Hotel convertido, por el momento, en palacio imperial. Quienes no supieran que era ruso, podían tomarlo

por un belga o un francés del norte. Pero su diminuta perilla rubia y sus ojos oscuros, fatigados de tanta lectura, eran típicamente rusos y acusaban netamente los caracteres de su raza. Aún no lo habían incluido en las listas de prisioneros, y los ayudantes de campo de Guillermo ignoraban totalmente su nacionalidad, cosa nada chocante, pues hasta sus propios camaradas lo tenían por belga. Y con esa creencia lo llevaron a presencia del káiser. Aunque, después de todo, había dicho aquel que la nacionalidad del prisionero le era indiferente, con la sola condición de que no fuese inglés, que con los ingleses no quería nada.

Al entrar en la cámara del soberano, saludó el prisionero con toda cortesía, y no menos cortés respondió a su saludo el káiser. El cual, según su costumbre, examinó al hombre midiéndole de arriba abajo con una larga mirada escrutadora, y también el prisionero le miró a él con despaciosa atención, pues, naturalmente, le inspiraba un interés extraordinario.

Ni que decir tiene que, antes de conducirlo a presencia del káiser, cachearon minuciosamente al prisionero, el cual, como es de suponer, no llevaba encima ningún arma. Lo sabía así de sobra el káiser, y ordenó que los dejaran solos.

—¿Estará usted cansado? ¡Siéntese! —mandó Guillermo.

El prisionero se sentó.

—¿Un cigarrillo? —preguntó Guillermo, sonriendo.

—Sí, gracias —repuso el prisionero, sonriendo también, y sin apartar la mirada del rostro pálido y nervioso del soberano.

Con su propia mano le ofreció el káiser un cigarro puro.

—¡Ya está cortado; puede encenderlo sin más!

Bebió luego Guillermo un sorbo de champaña y tomó asiento, remangándose cuidadosamente los faldones de su uniforme.

«Debe de estar bebido», pensó el prisionero, sin dejar de examinarlo.

Hubo un breve silencio, y después Guillermo inquirió:

—¿Es usted belga?

—Soy catedrático de la Universidad de Bruselas y doctor en Derecho.

—¡Oh! ¡Mucho gusto, señor catedrático! Pertenece usted a la reserva, ¿no?

—No, soy voluntario.

A los labios del káiser asomó una sonrisa.

—¡Oh, muy interesante! ¿De modo que se ha enrolado usted por su propia voluntad para combatirme?

—Sí, también para combatirlos.

«No me da tratamiento de majestad; por lo visto, es hombre de ideas firmes», pensó Guillermo. Y tras reflexionar un momento, preguntó:

—¿Y cómo sigue el rey Alberto?

—¡Oh, no sé cómo seguirá el rey Alberto! Me figuro que no muy bien.

Sencillas y tranquilas eran las contestaciones del prisionero. Pero, contrastando con aquella serenidad en las palabras y la voz, la mano en que tenía el cigarro, su rostro y sus pies, calzados en unas sucias botas, llenas de agujeros, temblaban levemente, de un modo casi imperceptible.

«Está tan nervioso como yo», se dijo Guillermo, y aquello no le hizo maldita la gracia.

—¿Está usted herido? —le preguntó en tono brusco, que dejaba traslucir su mal humor.

—No... Simplemente cansado y algo descompuesto... ¡Es lógico!

—¿Duerme usted mal?

—Generalmente, sí. A veces logro conciliar el sueño, pero en seguida se me va.

Guardó silencio un instante, y luego dijo:

—¿Me permitís una pregunta?

—Hable usted.

—El fusilamiento de los rehenes, ¿se llevó a cabo por orden suya? A nosotros así nos lo dijeron, y nos obligaron a

presenciar la ejecución. Yo fui testigo de ella.

—Sí, orden mía fue. La sangre del último soldado prusiano es tan preciosa como la de Bélgica entera —repitió Guillermo.

Y luego de reflexionar un momento añadió:

—¡Para mí, claro! Que en Bélgica pensarán, probablemente, lo contrario.

—No, en Bélgica no piensan así.

—No es posible. Lo piensan, sólo que no se atreven a decirlo alto. ¡Me los sé de memoria! ¡Y también a su rey-zuelo! No les tengo ni pizca de lástima. Ese heroísmo estúpido no concuerda con el talento mercantil de los belgas. ¿No cree usted, señor profesor, que el heroísmo, a veces, puede ser estúpido?

—No comprendo bien.

—¿Admira usted a Nansen? —exclamó el emperador, cambiando bruscamente de tema—. Yo siento por él verdadera idolatría. ¡Ése es un hombre! Ni los noruegos ni los británicos han sabido apreciarlo en todo su valor. A mí su libro me entusiasma. Cualquier idiota tiene en su mano hacer el viaje al Polo Norte; pero la cosa está en saberlo preparar como lo preparó Nansen. ¡Fue admirable! Pues bien: sólo yo tengo hoy un ejército digno de tal nombre, mientras que ustedes no tienen más que voluntarios o pandillas de gente que no valen nada. Por eso los derroto y seguiré derrotándolos. Sí, señor; los seguiré derrotando a ustedes.

Y otra vez se adueñó de Guillermo la sensación de una extraordinaria complacencia. Sonrió y quiso decir algo halagüeño a aquel prisionero, tan quebrantado por la fatiga y por todo cuanto acababa de sufrir. Pero, de pronto, atrajo su mirada el cigarro que el prisionero tenía en su mano temblona, y con voz azarada exclamó:

—¡Eh, cuidado, que va usted a dejar caer la ceniza en la alfombra!

Le corrió al prisionero por el cuerpo un leve escalofrío, frunció el ceño y se puso como la grana. Volvió a acordarse

del fusilamiento de los rehenes; uno de ellos lloraba, implorando merced; sin duda era un hombre que no entendía nada de guerras ni de heroísmos.

—¿Y para qué derrotar y más derrotar? —preguntó el prisionero, poniéndose todavía más encarnado.

—¿Cómo que para qué? —exclamó el káiser, asombrado y sin comprender—. ¡No sé qué quiere usted decir! ¡Expresese con más claridad, señor profesor!

—Sí, dijisteis: «Los derroto y seguiré derrotándolos». De ahí mi pregunta: «¿Para qué derrotar y más derrotar?».

Comprendió entonces el káiser y lanzó al prisionero una mirada despectiva.

—¡Ah, por lo que veo es usted pacifista! Pero eso que usted dice es una necedad. ¡Acaso por pacifista lo habrán hecho prisionero!

No reparó el profesor en la ofensa que tales palabras implicaban. Y, además, apenas si las había oído. También él se sentía anegado súbitamente en una oleada de satisfacción, como quien muerto de sueño se acuesta en un lecho muelle y calentito. Estiró sus largos miembros, como si allí no hubiese nadie; dejó aflorar a sus labios una sonrisa de bienestar y se quedó mirando a su interlocutor con sus ojos cansados, con la misma afectuosidad con que se mira a un ser querido.

—¿Qué le pasa a usted? —preguntó, asombrado, el káiser—. Cualquiera diría que está soñando.

—Y, después de todo, ¿no es todo esto un sueño?

—No, eso es una necedad. Esto no es ningún sueño.

—Pues a mí me pareció hace un momento que estaba soñando, y quise... Por lo pronto, debo decirles que no soy belga.

—¿Cómo?

—Pues eso, que no soy belga, sino ruso, emigrado político. Me condenaron a muerte en mil novecientos seis, pero logré escapar. Desde entonces vivo en Bélgica, y ahora, pues, aquí me tenéis. Sí, señor, soy ruso.

—En ese caso —dijo Guillermo con frialdad—, la cosa varía... Ha sido un error. Puede usted retirarse, señor...

—Profesor. Pero ¿por qué no queréis ya hablar conmigo? Tenéis ganas de hablar y yo también..., podríamos seguir charlando un rato.

—Temo que quiera usted hacer conmigo el papel de marqués de Posa, y ese marqués de Posa es una invención alemana en la que yo no creo.

—¿*Made in Germany?*

—Sí, pero con miras a la exportación y no al mercado interior... Un revolucionario, un emigrado político, un ruso, no es precisamente lo que yo necesito. Lo que yo deseo, señor mío, es un hombre de orden, de buena y roja sangre latina, con la que pueda enfrentarse mi sangre germana. Un hombre de rancia y flexible cultura occidental, y no un bárbaro ruso. Con un ruso, yo no puedo discutir, como tampoco discutiría con un turco. ¿Qué son, en fin de cuentas, los rusos? Pues cero. Yo los bato con mi frente... trasero.

Y el káiser, muy satisfecho de su gracia, soltó una carcajada ruidosa y repitió, recalcando las palabras:

—Sí, señor; con mi frente... trasero.

Aún reflejaban sus ojos una zumbona ironía, pero ya una honda tristeza se iba adueñando de su alma; tristeza y frío, empacho, sensación de la vanidad de todas las cosas: de la guerra y la paz, de la vida y la muerte.

Se irguió con un fuerte dolor en la espina dorsal y se puso a pasear, nervioso, por la sala. La fatiga y el insomnio empezaban a hacer su efecto. Y fatiga e insomnio son muy exigentes; aspiran a dominar al hombre como reyes absolutos y se rebelan contra cualquier idea atrevida y vivaz; emponzoñan con su veneno la voluntad y la paralizan, invocando el sueño, el descanso y la muerte. Pero él, el káiser Guillermo, no se avenía a someterse a semejante poder. Al otro día se iría al frente, allí dormiría y descansaría, y todo volvería a ser bello, sublime, grandioso...

Recobró como por ensalmo el buen humor, se volvieron sus pasos más rápidos y firmes, y más claro y vibrante el repicar de sus espuelas. Sacudió la cabeza como para ahuyentar definitivamente el poder del cansancio y el insomnio, y se volvió a escuchar lo que el prisionero decía.

—Soy doctor en Derecho y profesor belga —decía el prisionero—. Podéis hablarme como a un belga y a un científico. Por si fuere poco, estoy casado con una belga.

—Eso está bien —aprobó el káiser—. Puede usted hablarme como si estuviese soñando... Sí, eso será lo mejor. Podrá expresarse así con toda la franqueza: *A la guerre, comme à la guerre*. ¡La guerra! Ustedes, los revolucionarios rusos, pacifistas, doctores en Derecho, etcétera, abominan de la guerra y truenan contra ella y, sin embargo, a no ser por la guerra, ¿habría tenido usted ocasión de hablar con el emperador de Alemania? ¡Fíjese usted, profesor, en este hecho singular: en plena noche, uno frente a otro, un revolucionario ruso y el mismísimo emperador de Alemania! ¿Verdad que es extraordinario? ¿Que no tiene nada de vulgar? ¡Oh! ¡Fuera la vulgaridad y cuanto huele a rutina! ¡Váyanse al diablo! Aquí ni usted se sienta en su cátedra ni yo en mi trono. ¡Vea usted! Mi palacio es ahora este ridículo hotel belga, donde vienen a hospedarse todos los tenderos. ¿No es esto algo al margen de todas las leyes naturales?

—Padecéis de insomnio, ¿verdad?

—Oiga... De mis achaques hablo yo con mi médico. Demos de lado la rutina, señor profesor. ¿O es que echa usted de menos su sillón de madera en la Universidad, y su plataforma con escalones? ¿O acaso a sus lampiños oyentes, con sus cuadernillos de apuntes? Pues por esta vez seré yo su auditorio. Dedique usted su lección de hoy al emperador; aproveche usted la ocasión para hacer propaganda de sus ideas; no se cohíba, hombre, y proceda con absoluta libertad...